

TEXTOS

EDUARDO VASALLO

RACONTOS

# Rubén Darío en La Moneda



Rubén Darío.

Generalmente el realce de las visitas a La Moneda lo han dado las grandes figuras políticas, pero en honor de la memoria histórica debemos recordar a uno de los más grandes poetas de lengua castellana, que también la visitó. Ese poeta fue Rubén Darío.

En 1886 Darío está en Chile, procedente de Nicaragua, y tiene 19 años. Trabaja como encargado de la crónica en un diario de Santiago, y tiene como amigo a Manuel Rodríguez Mendoza, con quien comparte habitación y conversaciones literarias afiebradas. Es en la redacción del diario donde se produce un encuentro sumamente decidor y significativo para la literatura y la vida del nicaragüense: por intermedio de Mendoza conoce a un adolescente precoz, de vivo genio intelectual, que la historia también ha olvidado: se llamaba Pedro Balmaceda Toro.

Cuando recién comienzan a conversar notifican en la redacción de un gran incendio que se ha producido en la calle Ejército Libertador, zona de las fastuosas casas señoriales de entonces, y como Darío debía cubrirlo, le dice a Balmaceda que luego proseguirán la charla; pero Balmaceda, que, tal como Darío, ha presenciado el comienzo de una noble amistad, le dice que lo acompañará al sitio del siniestro. Y entre el correr de los hombres con sus cascos y mangueras gritando fuego, y entre el golpe seco y resbaladizo de los cascos de los caballos en los adoquines, empujando nerviosos las bombas, llevando agua, Darío y Balmaceda, con la voladura e inconsciencia que suelen adjetivar a los escritores, no hacen sino hablar de literatura mientras las paredes ardientes se desploman y quedan a la intemperie los interiores chamuscados de la casa humeante.

En 1887 Darío publica *Abrojos*, libro que su autor prefería no haber escrito (como tantos poetas) por la ironía y amargura que después no lo representarían. Quien hace de editor y crítico del mismo es Pedro Balmaceda. Este joven intelectual era hijo del Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, y gracias a una educación estimulante se interesó en las naderías del arte, en la pintura, la música, la escultura, el ensayo, y preferentemente en la literatura francesa. Su biblioteca era suficiente e informada por una importante suscripción de revistas francesas que daban a conocer a los poetas parnasianos y simbolistas de la época.

Pedro Balmaceda vivía en La Moneda e

invitaba a Darío a tomar el té; allí se leían mutuamente, intercambiaban críticas, hojearan libros, soñaban con el viaje a París. Darío recuerda que ya muy entrada la noche un guardia de palacio lo acompañaba hacia su casa por la calle Nataniel. También recuerda la decoración fina y a veces exótica, las diversas japerías que adornaban y poblaban la habitación de Balmaceda. Y menciona, como curiosidad, una foto del príncipe Carlos de Borbón vestido de huaso.

Luego Darío partiría a Valparaíso, donde publicó uno de los libros imprescindibles de la literatura castellana, *Azul*, prologado por Eduardo de la Barra, al tiempo que el *Canto a las Glorias del Ejército*, que obtendría premio en un concurso literario (el jurado era idóneo) del puerto. Al año siguiente Darío parte a Centroamérica y luego se radica durante un tiempo en Buenos Aires.

Es en San Salvador donde Darío recibirá la noticia de la muerte de su joven amigo y escribirá en memoria de éste el libro *A. de Gilbert*, seudónimo literario de su amigo. Pedro Balmaceda tenía 21 años cuando murió, víctima de una salud precaria; su padre, José Manuel, ordenó reunir su obra y publicó los ensayos y críticas de Pedro Balmaceda en un volumen que luego envió al mismo Darío, gesto que éste contestó a su vez con una emocionada carta. Darío morirá muchos años después, en 1916, pero seguirá recordando su deuda con ese brillante intelectual que tanto le enseñó.

# Las muchachas de antes no hacían pipí

Ya estamos acostumbrados a que el cine nos presente escenas en que se ve a un hombre - galán o villano - que dice sus parlamentos mientras alivia la vejiga, pero la súbita aparición en *Una propuesta indecente* de una escena en que la muy hermosa y angelical Demi Moore hace lo mismo, desató dentro de mí un vendaval de nostálgicos recuerdos.

Mi primera crisis religiosa tuvo relación con eso. Cuando los piadosos sacerdotes del colegio en que me eduqué me explicaron que la Virgen María había subido al cielo en cuerpo y alma, la gran duda me aguijoneó: ¿cómo haría la Virgen para alimentarse en el cielo puesto que sin alimentos el cuerpo irremisiblemente muere? ¿Y cómo haría "lo otro"? No sabía a quién recurrir para que me solucionara este problema teológico, ya que imaginaba que con sólo formular tan sacrilega pregunta sería expulsado. Pero comprendí que si no hallaba una respuesta adecuada terminaría perdiendo la fe. Decidí entonces exponer a mi confesor la duda que me acicateaba. Y él me dio la explicación tranquilizadora: la Virgen María está provista de un cuerpo celeste y glorioso que no necesitaba comer, ni mucho menos evacuar.

Ya en mi adolescencia, me incliné a extender la propiedad de cuerpo celeste y glorioso a todas mis amigas del barrio. ¿Qué otra explicación podía tener el hecho de que, cuando los muchachos nos retirábamos discretamente, ellas se mantuvieran sonrientes y tranquilas y sólo necesitaran, al parecer, lavarse las manos? Efectivamente, en los bailoteos que frecuentaba los fines de semana, mi pareja sólo mostraba una imperiosa necesidad de lavarse las manos y, para hacerlo, se hacía acompañar por una amiga, pues el lavamanos solía hacerse siempre en parejas femeninas.

Pero esta convicción se desmoronó cuando, también en una película, el ídolo de mi adolescencia, Claudia Cardinale, daba muestras inequívocas de una embarazosa urgencia y se perdía rápidamente tras unos matorrales para regresar al poco tiempo sonriente y aliviada. El hecho de que Claudia Cardinale, no obstante su hermosura, no tuviera un cuerpo celeste y glorioso como parecían tener todas las estrellas del cine que jamás iban al baño, ni siquiera a lavarse las manos, terminó con mi ingenuidad e hizo que me preguntara por qué una función tan humana y necesaria había adquirido un sello vergonzante, tanto que era de mal gusto su simple mención.

Pero fue el arte y la poesía los que

salieron en mi rescate. Recuerdo aún el enorme placer estético que experimenté en el Musco Guggenheim de Nueva York, al detenerme ante un cuadro de Picasso de sus últimos años de creación. El cuadro tenía un título en francés cuya insoslayable traducción era *La meadora* y representaba a una mujer desnuda orinando en cuclillas. El color del chorrillo que nacía entre sus piernas era de una belleza indescriptible. También Neruda rescata la belleza del sonido que producía la amada ausente, y en uno de sus poemas lo evoca y dice que le parecía -cito de memoria- "como si orinaras mieles".

Hoy nadie se asombra ni escandaliza de que en una reunión social una dama se levante y, rechazando el anacrónico eufemismo de que desea "lavarse las manos", anuncie que va a hacer pipí y que, para eso, no requiere compañía. Y el cine ratifica esta conducta mostrándonos a la bella Deni Moore sentada en el WC.

Esta escena de *Una propuesta indecente* marca el final, al menos en esta tierra, de los cuerpos femeninos celestes y gloriosos. Lo único que es de temer es que los productores norteamericanos, envalentonados por el shock que produjo esa escena, nos inunden con réplicas de la misma, protagonizadas por todas y cada una de las grandes divas cinematográficas.

Hasta que lo que fue audacia hoy se convierta en un aburrido lugar común.

\*Dramaturgo.



Demi Moore.

Crisis moral

Una vez más estamos siendo testigos, aunque se pretenda esconder su envergadura, de la profunda crisis moral que se vive en el país.

Son los hechos los que muestran una verdad que, no porque moleste a los que quedan al descubierto, desaparece con sólo negarla o disimularla. Al contrario, eso no hace sino ahondar la crisis, porque se cae ahora en la mentira, en el engaño. Y la mentira, antesala de la violencia, es incompatible con la paz.

¿O es que no violenta el que un narcotraficante y los que lo ayudan pretendan convencernos de que los buenos son los malos y que los

PALABRA DE

# LECTOR

malos son los buenos? ¿O que los enemigos de la verdad, aun declarándose católicos, las emprendan en contra de la Iglesia Católica y de nuestro arzobispo Carlos Oviedo, porque denuncia la inmoralidad de una campaña que, pretendiendo paliar un mal, está fomentando precisamente el mal que originó al primero?

¿Cómo no ver que la inmoralidad de la campaña contra el SIDA es una de las consecuencias del libertinaje sexual que esa misma

campaña promueve? Porque detrás de la apariencia de defensa de la vida y el amor con que se nos presenta, lo único que en ella se defiende (por medio de la idolatría del sexo y del libertinaje sexual a que insta) es la mentira. Y nos referimos al engaño del padre de la mentira y señor de la muerte, que la Iglesia Católica desenmascara y denuncia, porque es fiel a su Señor, que es dador de vida, haciendo suyas con la valentía y el coraje que dan el verdadero amor las palabras del salmo: "El celo por tu casa me ha devorado, los insultos de los que te insultan cayeron sobre mí" (Sal. 69 (68), v. 10).

Sería bueno que los católicos diéramos muestras de fidelidad y obediencia al Evangelio de nues-

tro Señor Jesucristo, a su Iglesia y a sus pastores, recordando que todos nosotros somos la Iglesia, lo cual, en vez de hacernos actuar como enemigos de Cristo, debería llevarnos a ser sus testigos, declarándonos en su favor y no en su contra.

Vasco Edison Toledo Verdugo SANTIAGO

## ¿Qué se hicieron las entradas?

El 14 de julio quise ir a ver *Parque jurásico*. Sabiendo que mucha gente iba a ir a verla ese día, me preocupé de averiguar el 13 de julio a partir de qué hora se pondrían en venta las entradas para

el 14. En la boletería me contestaron que el mismo 14, a partir de las 2 de la tarde.

Mi madre y yo llegamos al cine el 14 a las 13:45. Había ya una gran cola. Después de estar unos minutos en ella, supimos que no ya quedaban entradas para ninguna función de ese día.

¿Cómo pudieron agotarse a las 13:50 cuando tenían que empezar a venderlas a las 14? ¿Quién tuvo la suerte de comprarlas antes del horario?

Quiero manifestarle mi molestia por la poca seriedad con que las salas de espectáculos tratan al público, que es por lo demás el que las hace vivir.

Mathieu González PROVIDENCIA